

## EL CASTILLO

# La promesa de mantener un castillo

MARÍA ARANDA OLIVARES

*El castillo*, film del cineasta argentino Martín Benchimol, surgió de la casualidad. El director se encontraba buscando intérpretes para la película que estaba rodando en aquel momento, *El espanto* (2017), y descubrió una casa en medio del campo, donde vivían Justina y Alexia, protagonistas de la película. Esa casa es el castillo donde viven madre e hija, hogar que inspiró al cineasta para la película que presenta en Horizontes Latinos. “De repente, me encontré frente a aquel castillo y vi a Justina, que estaba haciendo alguna labor alrededor de la casa. Le comenté que quería conocer al dueño de la casa. Fue entonces cuando me dijo: Aquí la tienes”.

De esa primera impresión, llena de prejuicios, nace la historia del film. En ella, Benchimol cuenta la historia de Justina, una mujer que ha heredado una mansión después de trabajar toda su vida como empleada doméstica. La única condición: mantener viva la promesa de no venderla nunca.

Podría tratarse de una ficción, pero esa fue la historia que Justina compartió con Martín la tarde que se conocieron. “Las chicas se estaban mudando al castillo en el momento que nos conocimos”, añade el realizador. “Tuve el impulso de cancelar la película anterior y empezar a filmar *El castillo* del impacto que me produjo. Pero por suerte no lo hice”, confiesa. A partir de ese encuentro, se entabló

una relación entre Benchimol, Justina y su hija, Alexia, de más de cinco años, que aún perdura. “Se creó un vínculo entre nosotros. Sin embargo, lo más importante fue poder experimentar el vínculo entre ellas. Su relación empezó a cambiar y a tener infinitas capas”. De esta manera, “la película dejó de tener como tema principal la peripecia de dos mujeres que se mudan a un castillo a pesar de no poder mantenerlo y se centró en el vínculo de una madre y su hija que, con esta situación, sufren un distanciamiento inmediato en su relación”.

**Benchimol:**  
**“Me interesaba reflejar la cuestión de si es posible o no cambiar la pertenencia de uno”**

A San Sebastián han acudido también las protagonistas de la historia. Alexia, que comenzó el proyecto con quince años y ahora va a cumplir 22, ha crecido con el equipo y con la película: “Nuestra vida en ese momento tenía como elemento principal el aferrarnos a lo que teníamos y levantar lo que nos habían dejado, ese castillo, como pudiéramos. Este proyecto ha sido, no solo mi primer trabajo, sino parte de mi evolución. He creci-



Martín Benchimol, Justina Olivo y Alexia Caminos Olivo.

IÑAKI LUIS FAJARDO

do con él. Vivir esta experiencia ha cambiado mucho mi perspectiva en muchos aspectos y ha incrementado mis ganas de hacer otras cosas”.

Para Benchimol, la película retrata las enormes contradicciones que hay en el sistema de clases y cómo la herencia define la clase: “Uno nace con una clase social y la historia de Justina y Alexia habla precisamente sobre esa contradicción del sistema: cómo alguien de una clase inferior puede vivir en unas condiciones que, en teoría, no le pertenecen. Me interesaba reflejar la cuestión de si es posible o no cambiar la pertenencia de uno”. No obstante, no quiso encasillarse en el pasado, ni centrarse en el porqué de esa herencia, sino contar el presente de esa familia, de esas mujeres, y su vínculo concreto. “Al fin y al cabo, ni siquiera ellas pertenecen a la misma clase. Alexia ha crecido en una realidad distinta a la de Justina y me parecía interesante representarla”. El cine, como cuenta el director, “es una oportunidad para ponerse en la piel del otro. Eso es lo que me movió a hacer esta película”.

*El castillo*, Premio de la Industria WIP Latam y Premio Egeda Platino Industria al Mejor WIP Latam en San Sebastián, es una película de ficción, pero también documental, de clases y también de fidelidad. Y, sobre todo, es una película que analiza los vínculos familiares entre una madre y una hija que hacen frente a la realidad que les ha tocado vivir con enorme dignidad y humanidad.

## EL ECO

NATALIA GARCÍA CLARK

Ayer se estrenó en el Festival de Cine de San Sebastián la nueva película de Tatiana Huezo, *El eco*. Tuvimos el privilegio de hablar con la directora, quien nos comparte su experiencia rodando esta película.

**Del extenso imaginario sobre el campo que tenemos en Latinoamérica, ¿qué fue lo que más influyó en su mirada al hacer esta película?**

Creo que hay un imaginario del campo en México que es a veces un poco romántico, a veces un poco paternalista; cosa que siempre me molesta mucho en una película. Pienso que la mirada en esta película fue desde el acercamiento más íntimo que pude construir pasando mucho tiempo ahí con la gente. Yo siempre me posiciono en el planeta en el que me voy a introducir, en este caso el mundo campesino, y para esta película la investigación duró alrededor de cuatro años, siempre desde una enorme neutralidad, con los sentidos muy abiertos, para poder sentir, mirar y conectarme con la gente, ahora sí que con ojos de niño, de niña, desde la curiosidad pero también desde el querer conocer y entender. Pienso

## Huezo: “Encontrar lo extraordinario en lo más chiquito en la vida de cada día”



IÑAKI LUIS FAJARDO

que es una película en donde logré “entrar hasta la cocina”, como decimos en México, en la intimidad de la vida de estas familias.

**¿Puede contarnos sobre su investigación, y que relación tuvo con el proceso de escritura de la película?**

La base de todo fue siempre la investigación. La investigación básicamente consiste, para mí, en esta película y en todas las anteriores, en la cons-

trucción de un vínculo con el otro lo más profundo posible. Consiste no solo en estar con ellos y ellas, sino en acompañarles en los quehaceres de la vida cotidiana. Pasamos horas en esa escuela viendo como los niños aprenden y tutorean entre sí. Siempre me he ido a rodar mis películas con un guion escrito a partir de muchas de las situaciones que imagino que van a suceder. Esta película no tenía ese centro; es la primera vez que

me voy a rodar una película en la que sí conozco mucho y profundamente la vida cotidiana y las necesidades de todos los personajes, pero sin un guion escrito.

Es una película que se fue reescribiendo sobre la marcha, porque además sucedieron muchas cosas que no tenía previstas. Un suceso que no teníamos contemplado nos tiraba posibilidades, líneas narrativas que se nos caían a pedazos y que había que reconstruir y volver a encontrar sobre la marcha. Creo que narrativamente es la película más difícil que he hecho en mi vida. Contar la vida más pequeña, la vida cotidiana, es de lo más difícil que me ha tocado.

**Pareciera que en su película la propagación de la voz del conocimiento y la experiencia, que rebota entre generaciones, es una responsabilidad que recae en la niñez. ¿Qué papel jugó la autonomía de las y los niños a la hora de dirigirles en escena?**

Todo. Los niños son libres. Esa libertad, su instinto natural de reaccionar corriendo y jugando, la sed por aprender y saber más, pienso que eso es el diamante que hay en esta película: la reacción instintiva visceral y natural que hay en un niño. Se trataba de poder atrapar un pedazo de esa rebeldía, incluso de esa magia y de esa ternura que hay cuando eres niño. Hay una secuencia en la que les pedí es que fuéramos al valle a jugar, y ellos jugaron a otras cosas, corrieron empezaron a sudar, a molestarse, y de repente les dije “aquí traigo un paliacate, vamos a jugar a la gallinita ciega” y surgió un momento maravilloso, Ernesto Pardo vio esa mano estrechada hacia el abismo que, para mí, es crecer. Crecer es emocionante, es preguntarte muchas cosas, pero también sentirte sola y perturbada frente a la vida. Eso es la infancia: la magia de la capacidad de creer ciegamente y profundamente en el amor, en la amistad; es abrazar un árbol y sentir un profundo consuelo.